

el Confesionario, y recibia con caridad y agrado á quantos llegaban á sus pies, gastando en su consuelo todo el tiempo necesario, y sin aceptación de personas, los oía, atendia y consolaba. Que no habian oido en toda la Provincia cosa que denigrara la fama del Padre, sino muchas alabanzas, de su persona, desde la primera misión que hizo en la Villa, que fue en su primera entada, y dexó edificados á todos, como siempre que entraba en

CAPÍTULO XIII.

Muerte violenta que los Indios le dieron al P. Fr. Felipe Guillen.

Su la naturaleza toda estuvieta animada, clamarian á una voz todas las criaturas por ser felices, y mas las inteligentes, pues no tienen voluntad, ni deseo que no se dirija á buscar su felicidad. Los hombres se la representan baxo de diferentes formas, imaginándola en el poder, en el deleite, descanso, dignidades y honras; pero en medio de ellas conocen que no puede ser felicidad la que en todos los estados causa una oculta íntima aflicción de espíritu que los desazona, y sin saber porqué, conturba la alma; por eso solo pueden ser felices los que van fervorosos por el camino de los divinos Mandamientos, pues solo en él se logra la dilatación del corazón, en que consiste la verdadera felicidad, que es seguir á Christo, abandonando todas las felicidades del mundo, porqué su Magestad sea conocido, adorado y servido. Ilustrado de esta verdad el P. Fr. Felipe Guillen, fue el segundo fruto del árbol de la vida, que sacrificó la suya por dilatar la Fe de Christo entre las Naciones bárbaras.

ella, con su buen exemplo y santa doctrina. Ya se vé que ni en la forma, ni en la materia, ni aunque estuviera mas circustanciada esta informacion, puede ser, ni constituir perfecta ni adecuada prueba de la fama póstuma del Padre Christótopo; pero se ha referido solo como puro admículo que indica la piadosa memoria que de él hay en toda aquella Provincia.

Fue natural del Reyno de Valencia, de un Lugar llamado Piles, y desde su edad juvenil daba evidentes pruebas de la nobleza y cristiandad de sus Padres, haciendo relucir su buena crianza en la urbanidad, moderacion y bello estilo de su trato, y brillar su educacion christiana en las buenas inclinaciones, honestidad y buen exemplo, como tambien en la habilidad de las primeras letras, y la buena forma con que escribia. Con tan sólidos principios fue consiguiente que la inclinacion de Felipe fuese al estado Religioso, no obstante que sus naturales y adquiridas prendas le podian proporcionar las conveniencias que en el mundo se llaman felicidades. Estas y las que pudiera lograr en su libertad, las renunció tomando el hábito en la Santa Provincia de Valencia, en la que profesó la Seráfica Regla, y como dotado de un hermoso aspecto, suave genio, y dócil natural, ayudado de la disciplina religiosa, que le adornaba de las virtudes, se hizo un jóven amable para todos.

Seguió la carrera de sus cursos escolásticos con particular aprovechamiento, que mereció la aprobacion de sus Maestros, y pudo en ella aspirar á la felicidad que franquean las Cátedras; pero su humilde genio, y virtuoso encogimiento, le hacia portarse como un Estudiante ordinario, y muy distante de cultivar pretensiones para sus ascensos, y esto mismo hacia mas recomendables sus estudios y talentos en los lances en que, sin prevencion, le era necesario responder á las cuestiones de Filosofia y Teología que se le proponian, ó hablar de sistemas físicos, y otras varias facultades. No carecia de modo, ni eran vulgares sus prendas, para que no pudiera apetecer la que en su santa Provincia puede llamarse felicidad religiosa, ó ya fuese para vivir con gusto y alivio, ó ya para lograr honores y aplausos; pero eran muy diversos sus designios, y aunque todas esas cosas las podia esperar, no eran esas las felicidades que anhelaba, sino la verdadera, y que constituye la vida religiosa, andando los caminos de los divinos Preceptos, para unirse en la Cruz con Christo, y dilatar su corazón en el ministerio apostólico, y promulgacion del Evangelio.

Oportunamente se le cumplieron estos santos deseos, porque el año de setecientos sesenta y nueve colectaba un Comisario del Colegio de Propaganda Fide de la Santa Cruz de Querétaro una Mision de quarenta Religiosos para las Misiones de la Provincia de Sonora, y yendo su Patente á la de Valencia, le pidió el P. Fr. Felipe le admitiera en el número de los Misioneros: el Comisario lo hizo no por llenar el número, sino despues de informes que le recomendaban sus bellas calidades: ni tardó

el nuevo Misionero en dar pruebas de ellas, así en la religiosidad con que se portó en el Hospicio del Puerto, como en el humilde, obediente y callado sufrimiento que tuvo en las incomodidades de la embarcacion, y penalidades de un camino tan largo como penoso.

A principios del año de setenta llegó al Colegio de la Santa Cruz, y con particular complacencia de su genio, se conformó al estilo y Constituciones de su Instituto, siguiendo exacto las asistencias y actos de Comunidad, así de dia como de noche, acomodándose gustoso al silencio y santas costumbres del Seminario. En medio del consuelo que el P. Fr. Felipe sentia en tan santos ejercicios, y en las continuas tareas del ministerio en que se ocupan los Misioneros todo el año, todavía se dilataba su corazón en la inspiracion divina que le llamaba á la conversion de los Infeles, y guiado de la Regla Seráfica, no podia ocultar las primeras intenciones que le hicieron renunciar su Patria, Parientes y religiosas comodidades, que podia gozar en su santa Provincia; y pidiendo al Prelado la licencia para ocuparse en tan santa obra, pues se hallaba llamado á ella, el Prelado le oyó gustoso, y conforme á las Bulas fue aprobado para Misionero. Pasó luego á las Misiones de Texas, y en la de nuestro Padre San Francisco estuvo mas de dos años; pero renunciando aquellas Misiones el Colegio por las muchas que tenia que administrar en las Provincias internas de la Sonora, se restituyó con los demas Misioneros al Colegio. Poco tardó en salir para las dichas Conversiones, enviándole á la que el Presidente le asignara, segun la necesidad que habia de Ministros.

Una de ellas era la Mision de San Pedro y San Pablo de Tubutama, á la que destinó el Presidente al P. Fr. Felipe, y aquí sí que tuvo necesidad de que el Señor dilatara su espíritu, confortándolo con la gracia del ministerio; porque si lo habia ya exercitado, era con el imponderable consuelo de tener Compañero con quien reconciliarse, consolarse y aconsejarse, pero en la nueva Mision habia de estar solo, pues la Mision mas cercana distaba ocho leguas de mucho peligro, y Tubutama es la última frontera á la Gentilidad de varias Naciones, que habitan mas de setenta leguas hasta los rios Colorado y Gila. Nada le fue obstáculo á su fervoroso zelo, porque desde luego que se consideró Operario de aquella trabajosa viña, procuró por todos modos ganarles las voluntades á los Indios, designio tan dificultoso, como que es el carácter de sus genios la ingratitude á los beneficios. Los trataba con cariño de Padre, les franqueaba quanto tenia, les asistia en sus enfermedades con alimentos, y todos los socorros posibles; y como siempre le veían inmutable en el agrado, suave en las palabras, y dulce en las correcciones, se conformaban sin repugnancia á quanto les persuadia.

Con estas doradas cadenas les obligaba á asistir por mañana y tarde á la Doctrina, que con feliz claridad les explicaba, y les instruía en la inteligencia de los divinos Misterios, y en los prodigiosos efectos de los Santos Sacramentos: de suerte que las luces adquiridas en su continuo estudio, el mejor método del catequismo, y la gracia del ministerio que el Señor derramaba en aquellos Neófitos, hacian toda la felicidad que aquél

zelo Ministro habia concebido gozar entre los bárbaros. El mismo entonaba en lengua Española las Oraciones y Doctrina, á que correspondian los Indios, y como los viejos no podian entenderla, ni pronunciarla, los separaba en coro diverso, y rezaban guiados del Temastian, las mismas Oraciones y Doctrina en el idioma de los Pimas; siendo de admirar que los Indios que en mucho tiempo no asistian á la Iglesia, atraidos de las persuasiones amorosas del Padre, y sin compulsion alguna, la frequentaran todos los dias.

No son las felicidades espirituales como las del mundo; porque éstas se componen de tantas piezas, que es muy difícil que no falte alguna para lograrlas; fuera de que el trabajo y el dolor tienen sobrado imperio sobre la vida humana, para que pueda por largo tiempo estar con algun descanso. No es así la felicidad del espíritu, pues solo consiste en unirse con Dios con un amor intenso y perseverante; y como en esta union se incluye la voluntad con que el Señor quiere que todos los hombres sean salvos, y con que dió su Redentor la vida por todos, gozaba el P. Fr. Felipe esa espiritual felicidad poniendo los medios que en la caridad y paciencia de Christo aprendió para salvar á los hombres, y por eso acariciaba á los Indios con dulces palabras, les agasajaba con dádivas por solo el interés de traerlos á que oyeran la Doctrina Christiana, y con ella misma y su propio exemplo, los persuadia á apartarse de las feas costumbres del Gentilismo; y para introducirlos en la union de la Iglesia se valia de la discreta política que en él era genial, de no hacer distincion de unos á otros en sus beneficios, y en

el aprecio con que los trataba á todos, siendo igual el agrado que manifestaba á los de la Mision, que miraba como á hijos, con el que recibia á los Gentiles que llegaban al Pueblo, pues los atendia con esmero, y ellos le correspondian, ó agregándose algunos al Pueblo, ó guardando la fidelidad á ley de amigos y de agradecidos.

Prueba relevante fue de esto, el que habiendo los Seris rebeldes, que en el Pitie estaban representando el papel de leales, pervertido al Indio Gobernador de Tubutama, para que en ella se rompiera la paz con un violento alzamiento, juzgaron que para él era necesario coligar á los Papagos, por ser la Nacion mas vecina y dilatada, y enviándoles sus emisarios para que concurrieran al atentado, no solo no lo consintieron, sino que correspondiendo al amor y beneficios con que el P. Fr. Felipe les tenia obligados, pasaron luego á darle noticia de la conjuracion proyectada, y asegurándose el Padre de la verdad del aviso por otros diversos caminos, lo dió de todo al Padre Presidente, para que examinados los Papagos y demas indios, se resolviera lo mas seguro. El Presidente se informó de los Indios, inquirió otros graves motivos, y vino á descubrir toda la traza del alzamiento, por lo que lo avisó al gobierno para el cuidado que debia tener en el caso; pero fue despreciado el aviso, y atribuido á facilidad de creer á los Indios; pero no obstante este fácil concepto, se les frustraron á los rebeldes sus malos intentos con verlos descubiertos, y el Gobernador de Tubutama quedó convencido de su delito, y irritado contra el Padre, le causaba muchos y penosos disgustos.

Tampoco por este rumbo pudo el Demonio lograr sus pésimos consejos, porque se los desbarataba el Padre con tanta paciencia y discrecion, que sería difícil creerla si no la certificara baxo de su palabra de honor el Capitán del Presidio del Altar diciendo en un Instrumento público, y concluyendo: «el que en todos asuntos el Padre se habia gobernado con la mayor cordura y reflexion, como lo califica la con que se portó en el bastante arduo y delicado de la relevacion del Gobernador de la Mision, que aun teniendo varios, suficientes y graves motivos para ponerlo de la vara, como á el mismo Capitan se los habia el Padre comunicado, jamás quiso precipitarse á pedirlo, hasta que el Indio Gobernador pidió su descanso y retiro: prueba de la muy madura prudencia, y particular conducta con que se habia manejado en el gobierno espiritual y temporal de su Pueblo.» En la verdad de este testimonio se ve la felicidad con que el Padre lograba sus tolerancias, y que el Justo que se une á Dios, á su voluntad y á su Providencia, no encuentra nada que se le oponga, ni que turbe sus designios; y así en medio de las adversidades mantenía una constante fortaleza para no descaecer de ánimo, y esforzarse á sus Neófitos en la fortificacion de su Pueblo, fábrica de sus casas y cultivo de sus campos, para resistir las invasiones de sus enemigos, y proveerse de los víveres necesarios.

Mas de admirar es la igual eficacia con que, á este mismo tiempo, promovía la fábrica de la Iglesia, y la mayor decencia del culto Divino. Por Enero del año de setenta y ocho hizo el Presidente la visita canónica de las Misiones, y comenzándola por

la de Tubutama, dice el original de ella: «Visitó la Iglesia y Sacristía, que son dos bellas piezas, y de mejora la Sacristía con caxonería, alacena, aguamanil, pavimento, entablado y puerta, todo nuevo. La Iglesia tan renovada y hermosea, que se le puede dar el mismo nombre: de modo que con todo lo dicho, los Ornamentos y alhajas de plata que se hallan de nuevo, y que casi todo se ha hecho en tiempo del presente Ministro, pasan, liquidadas las cuentas, de dos mil trece pesos las mejoras. El cementerio está muy decente, bien cercado y con una Cruz en medio, y veo muy dedicado al Ministro en proseguir tan santa obra. Ví el Libro de las cuentas de esta Mision, y liquidadas, no le deben, ni debe materia considerable. Supe que el Padre Ministro predica en Castilla frecuentemente á sus Fieles: que aplica por ellos la Misa todos los días festivos, y les administra todos los Santos Sacramentos, no solo quando están enfermos, sino en todo tiempo que los piden, á lo que los exhorta en las Pláticas: Zela el que no trabajen en día de fiesta, sin licencia, y el que imiten en todas las funciones christianas á los Españoles: se hacen en la Iglesia todas las funciones Eclesiásticas, en las que para mayor devocion y solemnidad canta la Misa, y muchas veces por la tarde el Santo Rosario: Asiste personalmente al rezo del Catecismo tarde y mañana, á no ser que por alguna particularísima causa se dispense. No tuve la mas mínima queja de su persona; ántes bien he visto que dá gloriosísimo exemplo á sus ovejas en obras y palabras.» Con esta inocencia de vida, discrecion, actividad económica, y

apostólico zelo, proseguía el P. Fr. Felipe las laboriosas tareas de su ministerio, á cuyas voces respondian gustosos los Indios, viendo que solo miraba su Ministro por su interés propio, y sin atender al suyo, y cada día estaban mas contentos de su apacible genio; pero habiendo ido el día veinte y siete de Abril del año de setenta y ocho á la visita del Pueblo de Santa Teresa, despues de rezar la Doctrina Christiana y de las demas funciones del ministerio, celebró el santo Sacrificio de la Misa, y se encaminó para la Mision del Ati: yendo á la mitad del camino le asaltaron siete Indios con tal furor, que dándole uno de ellos una lanzada en el pecho, le arrojó del caballo, muerto: venian los bárbaros huyendo porque acababan de hacer quatro muertes en el Ati, y temiendo que los alcanzaran, no se detuvieron para desnudarlo, ni executar las inhumanas barbaridades que acostumbra con los que matan. Ocurrieron los Indios de la Mision, y se llevaron á ella el cuerpo del difunto Padre. Avisó el Ministro al Padre Presidente, y llamando á otro Misionero, al siguiente día hicieron los Oficios y Misa para darle sepultura.

Así murió como intrépido atleta en el campo de la batalla el P. Fr. Felipe, siendo la púrpura de su sangre el mejor adorno de su corona, y blason de su victoria, á los quarenta y un años de su edad, y nueve que se habia alistado en el ministerio apostólico, gastando casi los ocho en las conversiones vivas, y solicitud de la salvacion de los Gentiles, á costa de continuos trabajos y penalidades; y por eso concurriendo á sus exequias todos los Indios de Tubutama, Santa Teresa, Oquitoa y Ati, hicieron á sus virtudes el mas eloquente elogio, sus

lúgubres gemidos, y la mas funeral pompa sus universales lágrimas, pues sin consuelo lloraban la perdida de un Ministro adornado de las mas amables calidades que realizaban el mé-

rito de su inocente vida, de su irreprehensible conducta, y del fervoroso zelo con que derramaba por todas partes el buen olor de Jesuchristo.

CAPÍTULO XIV.

Piadosa memoria del P. Fr. Juan Diaz, que murió á manos de los Indios en el rio Colorado.

QUANDO los quatro evangelicos Operarios estaban mas empeñados en el cultivo de la viña y Gentilidad del rio Colorado, vieron cortadas sus apostólicas tareas, quitándoles las vidas el furor de aquellos bárbaros, y labrándoles las coronas á que podia aspirar su enardecido zelo. Rendidos á las disposiciones del Comandante General, habian ido al establecimiento de los dos Pueblos de Españoles, con solo el fin de reducir á la Fe á aquellos miserables Gentiles, y puesto ya el Pueblo de la Concepcion, se pasó tres leguas abaxo á fundar el de San Pedro y San Pablo del Bicuñer, destinando para sus Ministros al P. Fr. Juan Diaz y al P. Fr. Joseph Matias Moreno; y como estos fueron los primeros que recibieron el premio de los trabajos con que anhelaban propagar la Fe en aquellas dilatadas Naciones, es natural el que se haga memoria de las virtudes con que debian confirmar la Doctrina y santidad de la Ley que les predicaban.

Fue el P. Fr. Juan Diaz natural de la Villa de Alaxar en el Arzobispado de Sevilla: Nació el mes de Mayo de mil setecientos treinta y seis, y aunque fue conocido por solo el apellido de Diaz, consta no ser ese el de su Padre, que se llamaba Juan

Marcelo, ni de su Madre llamada Feliciania Basquez, y solo en la fe de Confirmacion se nombra el Padrino Alonso Diaz; pero en la Certificacion de la tomada de hábito en la Religion se llama Juan Marcelo Diaz, y en la de su profesion solo Juan Diaz, que prueba la identidad del sujeto, y origen de haber retenido este solo apellido. A los diez y ocho años de su edad fue llamado á la Religion Seráfica, y tuvo su noviciado en el Convento de Hornachos de la santa Provincia de San Miguel en la Extremadura, y habiendo tenido la aprobacion de los Religiosos profesó la santa Regla: de hay le dedicaron los Prelados á los estudios. En todas partes dió pruebas de su verdadera vocacion, no olvidando la esmerada disciplina y religiosidad con que en ella se educan los jóvenes y estudiantes; por lo que fue promovido á los sagrados órdenes, y concluidos todos los cursos de sus estudios, se hallaba en los veinte y siete años de su edad; y pudiéndose dexar llevar de los bríos de ella para no contentarse en caminar con medianos pasos la carrera de la Cátedra ó del Púlpito, á que sus prendas naturales y adquiridas le incitaban, y á que el amor propio obliga pretender, como desempeño del honor y crédito, no se dexó arrastrar de

sus influxos, porque le habia Dios dotado de un claro entendimiento, y así no se dexó ofuscar de los humos con que la arrogancia ha transformado no pocos luzeros en denigrados carbonos.

Llegó á su santa Provincia el Comisario que colectaba Religiosos para el Colegio de la Santa Cruz, y sus Misiones de Infeles: é instruido en las austeridades del Instituto, y trabajos del ministerio, le suplicó con humildad quisiese admitirle en el número de los Misioneros, lo que hizo gustoso informado de las bellas calidades del pretendiente, el que tambien logró la aceptación de todos sus Compañeros, que estimaron su capacidad y juicioso genio. Con el mismo aprecio fue recibido en el Colegio el año de sesenta y tres, que llegó al Reyno, y viendo la regularidad con que en el Seminario se observa la Regla Seráfica, y las Constituciones Apostólicas, se llenó su alma de consuelo, y se esforzó para dar á todo el mas exacto cumplimiento: este propósito le hacia estar fervoroso y pronto para todos los actos de Comunidad de dia y de noche, y manifestar particular inclinación y zelo en todas las ocupaciones del Púlpito y Confesionario: y como la alma de ellas es el espíritu de la santa oracion y devocion, se daba continuamente á ella, y de su ejercicio sacaba la abstraccion del bullicio, y comunicacion del siglo, dando en el del ministerio el buen exemplo, que debe ser el carácter y ornamento de un Religioso apostólico.

Este distintivo halló el R. y V. Discretorio en su porte y moderacion, para elegirle el año de sesenta y siete por uno de los Misioneros que de orden del Rey fueron á admi-

nistrar las Misiones de la Sonora: para este destino fue necesario esperar las embarcaciones en el Pueblo de Tepique, donde estuvieron detenidos quatro meses; pero no perdió el Padre Diaz ese tiempo, porque lo empleó predicando y confesando con gran beneficio de los habitantes de aquellos contornos, pues tienen siempre mucha necesidad de los socorros espirituales, por la inopia de Ministros. Por Enero del año de sesenta y ocho se embarcó en el Puerto de San Blas, y en los comunes trabajos que en el mar se padecieron por los reacios temporales y otros incómodos accidentes, iba muy conforme con la voluntad divina, pues fueron graves los peligros en que á cada instante les amenazaba la muerte; y aunque el Padre no perdió la constancia en tolerarlos, pero en una arribada que hizo el barco en el Puerto de Mazatlan, se arbitró para aligerarlo que los Religiosos que iban mas maltratados y enfermos saliesen á tierra, y por ella se fuesen á la Sonora.

Quatro necesitaron este alivio, y fue uno de ellos el Padre Diaz; pero fue esta providencia al parecer divina, y de la misericordia infinita, y que Dios enviaba á aquella Provincia á los quatro Misioneros para el socorro espiritual de muchos, pues estaba apestada de una mortal epidemia, de que morian sin número, y no habia en tan dilatada tierra mas que quatro Sacerdotes; y los que en el mar se ayudaban á morir á sí mismos, en la tierra, olvidados de sí propios, se dedicaron á ayudar á los próximos. Con este fin se repartieron por aquellos Pueblos, y el Padre Diaz anduvo ejercitando su ministerio en confesar á unos, y enterrar á otros, ocupando en éstos todo el tiempo hasta

el mes de Mayo, en que se juntaron todos en el Presidio de San Miguel de Horcasitas, en donde el Gobernador, segun las instrucciones Superiores, repartió los Misioneros por los Pueblos que habian de administrar, mandando á los Comisarios Reales que estaban encargados de los bienes de las Misiones, que le entregaran á cada Ministro por inventario formal la Iglesia y Sacristia con sus respectivos utensilios, un quarto de los de la casa de la Mision, un servicio de mesa pobre, y que le subministrasen el preciso alimento, llevando cuenta y razon de todo. Con esta economia recibió el Padre Diaz la Mision que le asignó el Padre Presidente, que fue la de la Purísima Concepcion de Cábarca, con dos Pueblos de Visita, el Pitic de los Pimas dos leguas á su Oriente, y el de Bisanig seis leguas á su Poniente, cuyos Padrones componian de la Nacion Pima, y de todos sexos y edades el número de mil ciento quarenta y cinco personas, sin otras muchas que andaban alzadas.

Imponderable peso era este para soportarlo solo un Misionero nuevo; pero es gracia del ministerio el no hacer ponderación de sus trabajos, ni de los peligros á que están expuestos entre unos indómitos bárbaros, que idolatran su libertad para satisfacer á sus inclinaciones, y mas quando el Misionero debe imponerles en las obligaciones de Christianos y de vasallos. Uno y otro les intimidaba intrépido el Padre Diaz, y á fuerza de fatigas y suaves insinuaciones, consiguió reducirlos á que asistieran á la Doctrina, trabajaran para su propia subsistencia, hicieran casas para su comodidad, y cercaran sus Pueblos para rebatir á sus enemigos: adornó el Padre decentemente la Iglesia, y

con sus arbitrios y consejos, á los seis años que el Presidente visitó la Mision, halló los Indios de los tres Pueblos aumentados en número, instruidos en los divinos Misterios y Preceptos, y civilizados en su gobierno.

Era esta actividad, evidente prueba del zelo y amor con que el Padre solicitaba el bien espiritual de aquellos Neófitos, pues ellos lo hacian tan industrioso y solícito, para aumentar el temporal que los hiciera constantes; y como sus eficacias eran acompañadas de un agradable modo, un genio sociable, una comprehension clara, y una docilidad religiosa, por ellas mismas fue destinado á acompañar al Padre Garzés en el viage que el Señor Virrey mandó hacer al Capitan Don Juan Bautista Ansa, para que junto con dos Padres fuese al rio Colorado á abrir el camino de comunicacion con los nuevos establecimientos de Monterey, y explorar los ánimos de los Indios para las Misiones que en este rio y el de Gila se pretendian fundar. Puso el Padre Diaz en esta jornada toda la diligencia que le fue posible para satisfacer los encargos de S. E. anotando exactamente todas las ocurrencias que juzgó precisas en el Diario que queda antes referido, en que individúa las Naciones que pueblan aquellas tierras, y demas circunstancias para la fundacion de las Misiones.

Fue toda la expedicion bien recibida de los Indios, y prosiguiendo á sus designios, llegaron los Padres y el Capitan á la Mision de San Gabriel en la California Septentrional: y no teniendo oportunidad para seguir todos hasta Monterey, se fue á la ligera el Capitan, el Padre Garzés se volvió al rio Colorado, para tratar con los Indios su reduccion, y

el Padre Diaz informado del R. P. Fr. Junípero Serra, que acababa de desembarcarse en el Puerto de San Diego, de haber quedado en él un Religioso que traía instrumentos para las observaciones de la altura del Polo, que era una de las diligencias que encargaba el Señor Virrey, determinó hacer el camino de quarenta leguas que dista la Mision del Puerto, en solicitud de los instrumentos, y le fueron tan oportunos, que con ellos hizo todos los días la observacion de los parages con la exactitud y juicio que pudo alcanzar en tan importante punto.

Vuelto á la Mision de San Gabriel, y el Capitan del viage de Monterey, se regresaron al rio Colorado, y en él se ofreció un lance que se refiere en el Diario, y es preciso repetirlo para que se vea el juicio que el Padre hizo de aquellos Indios, y calidades de sus genios, y de las providencias que previno como necesarias á su reduccion, y de esto conste que el haber vuelto á la fundacion del Pueblo sin tales providencias, fue con una moral certeza de la tiranía con que le quitaron los Indios la vida, y así dicitó: «Los Naturales de la Rancheria de San Pablo, habiendo desconocido á los Soldados que para informarse del camino nos han acompañado desde Monterey, alegando el frívolo pretexto de que eran de las tierras de sus enemigos, intentaron quitarles las caballerías y algunas reses que les habia dado el Señor Comandante: por lo que fue necesario mantenernos en este parage hasta el día quince, para que por el respeto de la Tropa no se propasasen á executar su intento. Por esta novedad y otras circunstancias que he observado con bastante reflexion,

»he formado juicio que no será fácil el tránsito de estas tierras, si no se establece nuestra Nacion en algunos parages de estos rios; pues la veledad de los Indios es bien conocida, »su inclinacion al hurto manifiesta, »su consideracion ninguna, y el paso del rio muy difícil; y si ellos llegan á descontentarse y no quieren cooperar al tránsito con su ayuda, antes si procuran impedirlo, sería necesaria mucha fuerza de armas para vencer tan copiosa aunque poco culta Gentilidad.»

Fue esta expedicion larga é incómoda, pues duró desde dos de Enero hasta veinte y cinco de Mayo del año de setenta y quatro; pero en toda ella edificó el Padre Diaz á toda la comitiva con su exemplo y su doctrina, é ilustró á los Gentiles con las noticias del Dios verdadero, con la destruccion de sus idolos, y predicándoles el Evangelio, les hizo conocer por Dios Redentor del mundo á Christo Crucificado; y habiendo puesto este noble y firme fundamento para la reduccion de los Indios, se volvió á su Mision, esperando las providencias que de este viage se podian esperar del zelo y empeño con que el Señor Virrey deseaba fundar las Misiones en los dos rios Colorado y Gila. Para ese fin habia encargado al Padre Guardian del Colegio que se hiciese una visita de las Misiones de Sonora, dirigida solo á que, segun los informes de los Misioneros, se pudieran reconocer las que se podian reunir, y á que se formaran Padrones de los Españoles y otras castas que estaban agregados á ellas, y de todos sus Néófitos, con la expresion de las distancias que habia de unas á otras Misiones y á los Presidios; y habiéndose impedido el Presidente para prácti-

carla en todas, se le encargó al Padre Diaz la efectuase en las de la Pimeria baxa: y sin excusarse por el trabajo que acababa de tener, al siguiente mes de Janio emprendió el de muchas leguas, para visitar las ocho Misiones de ella.

Viendo el R. Padre Guardian y V. Discretorio el zelo, actividad y acierto con que el Padre habia desempeñado, no solo las tareas del ministerio, sino tambien las que se le habian encargado para el progreso del Instituto, le nombraron Presidente de aquellas Misiones, creyendo que su zeloso exemplo esforzaria mas á los Misioneros, y los dictámenes que les habia consultado para la mas segura observancia de nuestra santa Regla y evangélica pobreza, cautelarian qualesquiera ensanches que á título de necesidad suele paliar el amor propio; y no les salió fallido este concepto, porque desempeñó con religiosidad el oficio. Pero no era esto lo que la alta Providencia tenia determinado para premio de sus apostólicos trabajos; y así dirigió sus pasos por otros muy distantes caminos.

Para su inteligencia es necesario refrescar la memoria de las promesas que el Indio Palma habia entendido en México á favor de todos los del rio Colorado, y que les habia propuesto para que admitieran en sus tierras á los Padres y Españoles, y que viendo la inacción del Caballero que se las habia hecho, repitió viages al Presidio del Altar, exigiendo con fuertes instancias el cumplimiento de ellas, pues yendo los Padres y Españoles, satisfacía á los suyos, que le notaban de embustero, y de haberlos engañado. Obligado de estas demandas el Comandante General, desde Chihuahua, donde estaba enfermo,

despachó órden de que los Padres pasasen, con los Soldados que el Padre Garzéz pidiera, al rio Colorado, y en él permanecieran hasta que él llegara á la Provincia.

Este órden que se le intimó al Presidente de las Misiones, le hizo juntar á los Misioneros que habian de ir á cumplirlo, para conferenciar lo mas conveniente; pues de ningun modo podia serlo fundar las Misiones, expuestos los Ministros á todo riesgo, y mucho ménos con la calidad de por ahora; pues respecto á la ereccion del Presidio y demas providencias, lo repugnaba la experiencia acabada de ver en el Pitic de los Seris; y deseando el Presidente que los Misioneros fueran espontáneos, y de los que ya habian tratado á aquellos Indios, les dexó libres para que pesadas las cosas, siguieran la inspiracion Divina los que la tuvieran para ir en tan duras circunstancias á tan arriesgada empresa. Era uno de ellos el Padre Diaz, y explorando su ánimo, se ofreció con rendimiento y ciegame-nte á lo que le ordenase como Prelado; y puestos todos en la confianza de que luego que el Comandante General llegara, daría las providencias para la ereccion del Presidio, que todos habian juzgado muy necesario, y demas de las Misiones, se resolvió que el Padre Garzéz y el Padre Diaz fuesen por entónces al Colorado.

El día primero de Agosto del año de setecientos setenta y nueve salieron los Padres para el rio Sonoytac; la falta de agua en toda aquella tierra les obligó á separarse, prosiguiendo el Padre Garzéz con solo dos Soldados, y revolviendo el Padre Diaz á Sonoytac con la gente y bestias que iban, permaneció allí cerca-

do de angustias y de sustos, por las novedades adversas que cada día le traían los Indios, y otras que suscitaban los Españoles. Llegaron algunas á la Sonora, y el Gefe de las armas á quien el Padre le pedia auxilio, le envió orden para que se volviera á esperar que el Comandante General llegara á la Provincia; y aunque le era muy cómodo al Padre, pero conoció que el fin á que se dirigía, no convenia á la causa, y así le respondió que él no era libre para obedecerlo, debiendo cumplir otros órdenes Superiores, y que ni los grandes trabajos que estaba sufriendo, serian bastantes para intimidarlo y no proseguir su destino; pues los gastos que se estaban haciendo del Real Erario no se debían perder por temores de los enemigos, y que estaba determinado á padecer mayores peligros.

Con estos y otros molestos embarazos, permaneció el Padre Diaz en Sonoytac, hasta el mes de Octubre que pasó al rio Colorado: en él se aumentaron las aflicciones al verse rodeado de multitud de Indios que iban á recibir los regalos que Palma les había dicho se les repartirian quando entraran los Padres, pues éstos estaban careciendo aun de los necesarios alimentos, y para adquirirlos les era preciso valerse de la corta provision de vayeta, tabaco y abalorios que habian sacado de las Misiones, para obsequiar con algo á los Indios principales. Algun consuelo fue para los Padres el saber que ya habia llegado á Arispe el Comandante General, y se convinieron en que el Padre Diaz viniese personalmente á informarle el mal estado y urgencias en que estaban las cosas del rio Colorado por el disgusto y extrañeza de los Indios. Hizolo así, sin omitir quanto le pa-

reció necesario para que las providencias se proporcionaran con el mayor acierto: en ese mismo tiempo avisó el Padre Garzés haber descubierto que habia muchos Indios sublevados, y los que eran las cabecillas; pero, estos avisos se oían con desprecio, y confiando en la valentia de los discursos, se pensó dominar á los Indios con instrucciones y leyes, para que sin intervencion alguna de los Misioneros, se fundaran dos Pueblos de Españoles, á los que pudiesen agregar se los Indios que quisieran; pero este nunca visto proyecto solo tuvo por efecto el irritar á los Naturales, y confirmarse en el alzamiento que ya iban meditando.

Habian tardado mucho tiempo en practicarse las dichas instrucciones, y así hubo bastante para que el Padre Garzés las supiera, y viendo las circunstancias en que los Indios se hallaban, le pareció tener obligacion de avisarlas enviando un Correo, y diciendo que los Indios estaban muy inquietos, y que ya se habia extendido la voz entre los mozos, que si iban los Padres y Españoles, los habian de matar á todos; y palpando el Padre la certidumbre de estas voces, prevenia que si entraban, fueran con suficientes fuerzas para resistir á las de los Indios, y castigar sus depravados intentos; pero ninguna fuerza hicieron al Gobierno estos avisos. Por ellos confirmaba el Padre Diaz los que él habia expresado, y viendo que de nada se hacia aprecio, pudo sin nota no exponerse á tan inminentes peligros, y retirarse á la Mision de que era Ministro; pero mirando al honor del Instituto, y no pudiendo sufrir que por su falta padeciera otro, se quiso engañar de las esperanzas de asegurar los establecimientos, pensando que

la experiencia daría los desengaños; y haciendo personalmente las provisiones, solicitó algunas limosnas, é hizo todos los oficios que pudo, con mucho trabajo y peligros de su vida, y volvió al rio Colorado con la expedicion que iba á fundar los dos Pueblos.

Púsose el primero en el Puerto de la Concepcion; y de sus infaustos principios se pudieron inferir las consecuencias que resultarian en el segundo. Con todo, violentando sus propios conocimientos, se sujetó á ir de Ministro á la fundacion de él, y á las tres leguas distante del otro se puso el de San Pedro y San Pablo del Bicuñer, sin tener el Padre en lo humano mas consuelo que el Compañero, que lo era el P. Fr. Joseph Matias Moreno. Muy desde luego puso en ejercicio á su prudencia, humildad y tolerancia la errada política del Alférez Comandante, porque queriendo hacer del ladrón fiel, puso al principal cabecilla de los motines por Gobernador del Pueblo, que fue fomentar el orgullo de su revoltoso genio, y á pocos lanceos le perdió el Indio el respeto: ardidó el Comandante le hizo poner preso, con lo que se empeoró el negocio.

No podian los Religiosos segun las instrucciones del Gobierno, hablar palabra ni corregir á un Indio, sin que el Gefe hiciera averiguacion de si era verdad lo que el Padre decia, ni tampoco podian arbitrar medio alguno para sosegar las inquietudes que cada día crecian con el disgusto de los Indios, que ya insolentes por su crecido número provocaban el rompimiento. Este inevitable suceso azoraba el zelo del Padre Diaz y de su Compañero, para acariciar y congratular á los Indios con quanto tenían, visitándoles en su Rancheria, y hablándoles de Dios, y del bien de sus almas; pero era cantar de melodía al

tigre, que solo queria ensangrentarse en los Españoles: con este amargo dictámen, viendo á los Pobladores tan descuidados del estrago que les amenazaba de pronto, se esforzaban á prepararles para él, con desengaños, pláticas y exhortaciones, y así consiguieron que muchos se confesaran, y frecuentaran los Sacramentos, y otros ejercicios devotos. Las mugeres eran el objeto mayor de su compasion, pues previan sus indecibles trabajos, y la ruina de sus almas, quedando cautivas de aquellos bárbaros. Todo lo vieron y lloraron sus ojos el dia diez y siete de Julio del mismo año de ochenta y uno, porque estando los Padres para celebrar el santo Sacrificio, á que concurrieron todos por ser Domingo, dieron los Indios con tan furioso arrebato el asalto, que sin resistencia alguna dexó aquella multitud rabiosa revolcando en su sangre á los Padres y á muchos de los Pobladores, llevándose cautivas á las mugeres mozas, y á los hombres que andaban por los montes.

Mas deslumbrados aquellos bárbaros, les sugirió la infernal furia armarse contra la Fe, arrojando las Imágenes y Vasos sagrados al rio, y profanando los Ornamentos con sus infames usos, y quitando con cruel tiranía á palos la inocente vida de un Sacerdote, que quatro veces les habia visitado, obsequiado, y padecido indecibles trabajos por instruirlos y reducir sus almas al camino del Cielo: así murió voluntaria y felizmente aquel esforzado Misionero, aumentando los esclarecidos triunfos y ópimos frutos del apostólico Instituto, á los quarenta y cinco años de su edad, veinte y siete de Religion, diez y siete en el ministerio apostólico, y trece en las Misiones de Infeles.